

Ya el obcecado hermano
el arma revolvió contra tu pecho,
y en el confín postrero colombiano
te brinda hidalgo hispano,
si patria te faltó, su honrado techo.

A ese asilo postrero,
del piélago mezclándose al bramido
o al lejano clamor del marinero,
¿qué acento lastimero
fúnebre vuela a golpear tu oído?

¿Qué asolación augura
tu voz doliente que en los aires gira?
De negra ingratitud víctima pura,
en hórrida espesura,
¡cielos!, el Héroe de Ayacucho expira.

En tan solemnes días,
por la orilla del mar, los pasos lentos,
y cruzados los brazos cual solías,
hondas melancolías
exhalabas a veces en lamentos.

Ora pasara un ave,
ya hender vieses el líquido elemento
sin dejar rastro en él, velera nave,
murmurabas: «¿Quién sabe
si aré en la mar y edificué en el viento?».

En sordos aquilones
oías como lúgubres señales:
«¿Si caerán sobre mí las maldiciones
de cien generaciones?
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!».